

Asado estacional

MARIO – (*A público.*) Es una mañana fría y desolada del lunes 23 de junio. Son las 9:45 y aún hay mucha niebla. El tipo que está parado en la puerta del Banco Nación tiene unos 24 años, lleva traje marrón claro, camisa blanca y corbata bordeaux. Tiene un portafolio de cuero marrón en su mano derecha y está absorto en su celular mientras espera que abra el Banco.

Yo, de 22 años, llego y me coloco ostensiblemente detrás de él. Llevo un jean negro muy roto, zapatillas de lona azul con agujeros, una campera de cuero negra y el pelo largo, negro, desalineado y enredado. Tomo mis auriculares del bolsillo, los enchufo a mi celular y selecciono un tema de punk rock que escucho a todo volumen.

MARTÍN -Disculpame flaco, ¿podés bajar la música?

MARIO: Sigo escuchando música.

MARTÍN - ¡Podés bajar la música!

MARIO: Sigo como si nada, y el tipo me toca el hombro. Entonces me saco los auriculares y lo increpo. ¡Qué tocás! Si vas a tocar paga primero.

MARTÍN – Te pedí que bajaras la música.

MARIO - ¿Y por qué? ¿Solo porque a vos, trajeado, se te ocurre?

MARTÍN - Te estoy hablando bien. No puedo concentrarme.

MARIO - ¿Con qué? Que yo vea no estás haciendo nada.

MARTÍN - Estoy leyendo, flaco.

MARIO: El tipo me muestra el celular. Ahí se lo saco y me lo meto en el bolsillo. El tipo se queda de una pieza. Después, me vuelvo a poner los auriculares con la música a todo volumen.

MARTÍN -Hey, es mi teléfono ¡dámelo!

MARIO -Como no le doy bola, el tipo me mete la mano en el bolsillo. Me arranco los auriculares y lo encaro. ¿Qué te pasa? ¿Sos puto? Te dije que si vas a tocar primero tenes que pagar.

MARTÍN -Dame mi celular.

MARIO - ¿Tu celular? ¿Para qué lo quieres?

MARTÍN –Te lo voy a pedir por última vez.

MARIO - ¿Así? El tipo está furioso. Me mira como si fuera a irse a las manos. Entonces le digo: El portafolio.

MARTÍN - ¿Qué?

MARIO - Lo que escuchaste, dame el portafolio si querés tu celular.

MARTÍN - ¿Vos estás drogado?

MARIO – Lo miro fijo a los ojos y me llevo la mano al interior de la campera, como si fuera a sacar un chumbo. El tipo se pone pálido, y me entrega el portafolio. Me parece que le tiembla la mano. Después me vuelvo a poner los auriculares.

MARTÍN -Se me olvidó...

MARIO: No le doy bola.

MARTÍN - Un papel...

MARIO: Yo como si lloviera... Entonces el tipo me vuelve a tocar el hombro.

MARTÍN - Un papel para el Banco.

MARIO - Me saco el auricular. Y dale nomás, seguí tocando, pareciera que te gusto.

MARTÍN - El papel...

MARIO - El papel. ¿Y ahora qué te pasa flaco?

MARTÍN– Tengo que sacar un papel del portafolio.

MARIO - Los pantalones.

MARTÍN - ¿Qué?

MARIO - Que me des los pantalones.

MARTÍN - No pará, vos estás loco. ¿Cómo te voy a dar los pantalones?

¿Quieres que me quede en calzoncillos en el medio de la calle?

MARIO – Te doy los míos. El tipo me mira perplejo. Ahí nomás me saco los jeans y le digo: Ahora te toca a vos. Le veo la rabia en los ojos. Se desabrocha el cinturón de cuero, se baja los pantalones y se queda en calzones: un bóxer blanco, el muy putito.

MARTÍN: ¿Estás contento ahora?

MARIO: ¿Qué hiciste el finde pasado?

MARTÍN: ¡Qué!

MARIO: Lo que escuchaste.

MARTÍN – Nada... me vi con amigos.

MARIO - ¿Y qué hicieron? El tipo me mira, enmudecido. ¡Qué hicieron, te dije!

MARTÍN - Asado, hicimos un asado con unos tragos.

MARIO - ¿Y la pasaste bien Martín? Cuando le digo Martín se sobresalta.

MARTÍN: ¿Cómo sabés mi nombre?

MARIO: No le contesto.

MARTÍN: Te pregunté cómo sabés mi nombre.

MARIO: De un asado... El asado estacional.

MARTÍN - ¿El asado... estacional?

MARIO - En tu casa, me llevó Pablo.

MARTÍN - No sé de qué hablas.

MARIO -¿No? ¿La cajita mágica? ¿El ritual? ¿No te suenan?

MARTIN - No, la verdad que no.

MARIO - ¡Qué raro che! No pensé que tuvieras tan mala memoria, no pasó tanto tiempo. Quizás es porque estuvimos toda una madrugada volando y estrellándonos indefinidamente.

MARTÍN - Te estás confundiendo flaco.

MARIO - ¿Y Nicolás tampoco te suena?

MARTÍN - ¿Nicolás?

MARIO - El púber que se consiguieron para iniciarlo en el asado que tuviste el finde pasado. El púber que nunca volvió a su casa porque lo piso un colectivo y

no tuvo los reflejos para reaccionar. Mi hermano. Ahí me agacho y saco la navaja de mi media izquierda.

MARTÍN - Pará, calmate... Vos sos...

MARIO - Mario, me llamo Mario. Ni mi nombre sabes, ¿no?

MARTÍN - Mario, en serio, cálmate.

MARIO - Estoy calmado, ¿no me ves? Soy un muchacho de bien, con un portafolio de cuero natural, del que nadie va a pensar que es un cocainómano que organiza fiestas porque es adicto a arruinarle la vida a pibes sin muchos recursos económicos.

MARTÍN - No es así...

MARIO - ¡Estoy hablando yo! Demostrá la educación que recibiste. ¿No es así? ¡Claro que es así!, Martín, porque desde entonces, no importa lo que haga, no importa lo que use, soy catalogado como drogadicto. ¿Y sabes por qué? ¡Porque en verdad lo soy! Porque el ritual de ingreso no incluía el plano de salida.

MARTÍN - Yo no sabía, te juro que no sabía...

MARIO - ¡Claro que no sabías! ¿Pero hubiera cambiado algo si sabías? ¿Cómo vas a saber si ni siquiera sabías quién era yo? Pero ahora, así, sin tu disfraz de chico bien, de chico educado y con plata somos iguales. Bueno, iguales no. Todavía. El tipo me mira, inquieto. Entonces aprieto el puñal y se lo clavo. Tres veces. Agarro mi jean y salgo corriendo. No quiero verlo morir.